



EL PERRO.

No es la corpulencia, ni la elegancia de la figura, ni la fuerza del cuerpo, ni el desembarazo en los movimientos, lo que constituye la nobleza propiamente dicha de un ser animado; cuando la sensibilidad es verdaderamente la que le dirige y vivifica, la que manda sus órganos, hace activos sus miembros, y da á la materia el movimiento progresivo, como la voluntad y la vida.

Depende pues esta perfeccion de la perfeccion de la sensibilidad; y cuanto mas estension tenga esta, mas facultades y recursos poseerá el animal; mas existencia, mas relaciones con el resto del universo. Cuando la sensibilidad es esquisita y delicada, cuando puede ser perfeccionada por la educacion, el animal se hace digno de entrar en la sociedad con el hombre, sabe contribuir á sus designios, velar por su seguridad, ayudarle, defenderle, halagarle, grangearse su afecto, y convertirle de tirano en protector.

El perro, prescindiendo de su belleza, de su figura, de su viveza, fuerza y agilidad, tiene por excelencia todas las cualidades interiores que pueden conciliarle la atencion del hombre. Una indole fogosa, colérica y aun feroz y sanguinaria hace al perro salvaje para todos los animales; pero el perro doméstico cede á unos afectos mas dulces: al placer de hacerse amar y al deseo de agradar, viene arrastrándose por el suelo á rendir á los piés de su amo su valor, fuerza y talento: espera sus órdenes para hacer uso de estos dotes, le consulta, le pregunta, le suplica; una mirada le basta para entender las señas de su voluntad. Sin tener como el hombre la luz del pensamiento, posee todo

el fuego de la sensibilidad, y le escede en la fidelidad y en la constancia de sus afectos: no conoce mas ambicion ni deseo que el de agradar; ni otro temor que el de desagradar: todo es celo, todo ardor, todo obediencia. Mas sensible á la memoria de los beneficios que á la de los agravios, no le acobardan los malos tratamientos; los sufre, los olvida, y no se acuerda de ellos sino para ser mas sumiso; lejos de irritarse ó buir, se espone de suyo á nuevas pruebas, lame la mano, instrumento del dolor que acaba de padecer; no le opone mas resistencia que los quejidos, y en fin, la desarma con la paciencia y sumision.

Mas dócil que el hombre, mas manejable que ninguno de los animales, no solamente se instruye en poco tiempo, sino que se conforma, se acomoda á los movimientos, modales y costumbres de los que le mandan; toma el tono propio de la casa en que habita: es, así como los demás domésticos, desdenoso en casa de los grandes, y grosero en los campos: siempre esmerado con su amo, y obsequioso solamente con sus amigos, no hace aprecio alguno de las personas indiferentes, y es enemigo de los mendigos que hacen profesion de importunar, los conoce en el vestido, en la voz, en los ademanes, y no los deja acercarse. Cuando le confían por la noche la guarda de la casa, se hace mas fiero y á veces feroz: vela, ronda, y siente de lejos á los estraños, y á poco que se detengan ó intenten violentar las puertas, se tira á ellos; y con continuos ladridos, esfuerzos y gritos coléricos, pone la gente en alarma, y al mismo tiempo que avisa, pelea: no menos furioso contra los hombres que se emplean en robar, que contra los animales carni-

8 DE AGOSTO DE 1852.

ceros, se arroja á ellos, los hiere, los despedaza, les quita lo que intentan robar; pero contento con haber vencido, se tiende á descansar sobre los despojos, sin tocarlos, ni aun para satisfacer su apetito; y da á un mismo tiempo ejemplos de valor, de templanza y de fidelidad.

La mayor parte de los animales tienen mas agilidad, ligereza, fuerza y aun valor que el hombre. La naturaleza los ha dotado y armado mejor: tienen tambien mas perfectos los sentidos, y principalmente el olfato. El habernos grangeado una especie tan valiente como el perro, es haber adquirido nuevos sentidos y facultades que nos faltan. Las máquinas y los instrumentos que hemos inventado para perfeccionar nuestros sentidos y para aumentar su estension, no se acercan, ni aun en la utilidad, á estas máquinas tan acabadas que la naturaleza nos ofrece, y que supliendo la imperfeccion de nuestro olfato, nos ha suministrado medios grandes y eternos para vencer y reinar; el perro fiel al hombre, conservará siempre una porcion del imperio, un grado de superioridad sobre los demás animales. Al frente de un ganado manda sobre sus individuos; reina él mismo, y se hace entender de ellos mejor que la voz del pastor: la seguridad, el órden y la disciplina son frutos de su vigilancia y actividad; es un pueblo que le está sometido, á quien conduce y protege, y contra el cual jamás usa de la fuerza sino para sostener en él la paz. Pero principalmente en la guerra contra los animales enemigos ó independientes, es donde mas brilla su valor y se despliega enteramente su inteligencia: sus talentos naturales se reunen aqui con las cualidades adquiridas. Luego que se percibe el ruido de las armas, cuando el sonido de la corneta ó la voz del cazador da la señal para la próxima batalla, el perro, encendido en nuevo ardor, manifiesta su alborozo con los mas vivos movimientos, anuncia con sus ademanes y lamentos la impaciencia de pelear y el deseo de vencer: marchando después en silencio, procura reconocer el terreno, descubrir y sorprender al enemigo en sus fortalezas: rastrea sus huellas, las sigue paso á paso, y con acentos diferentes indica el tiempo, la distancia, la especie y aun la edad del animal á quien persigue.

Se puede decir que el perro es el único animal cuya fidelidad es á toda prueba; el único que conoce siempre á su amo, y á los amigos de la casa; el único que cuando llega un desconocido sabe distinguirle; el único que entiende su propio nombre y reconoce la voz doméstica; el único que desconfía de sí mismo; el único que cuando ha perdido á su amo y no puede encontrarle, le llama con gemidos; el único que en un viaje largo que no haya hecho mas que una vez, se acuerda del camino y encuentra la vereda; el único, en fin, cuyos talentos naturales son evidentes, y su educacion siempre feliz.

El alano, el mastin y el galgo, aunque diferentes á primera vista, no son mas que un mismo perro: el alano es un mastin mas rehecho y corpulento; el galgo un mastin mas delgado: es decir, que entre un alano, un galgo y un mastin, solo hay la diferencia que distingue á un holandés de un francés, y á estos de un italiano: tambien existe la misma unidad entre el perro de ganado, el perro-lobo y el perro de la Siberia; como se reconoce entre el podenco, el braco ó perro de Bengala, el de aguas, el pacho, y aun el sabueso. El perro sabueso y el de lanas son oriundos de España y Berberia, donde el temple del clima hace que el pelo de todos los animales sea mas largo, mas sedoso y mas fino que en los demás países.

¡Con cuánto gusto nos detendríamos á hacer en este artículo la historia del perro en todas sus especies y procedencias, en todos sus hechos y facultades? Imposibilitados, por la estrechez de estas columnas, de entregarnos á tan bello trabajo, concluiremos con el siguiente trozo del ilustre conde de Buffon:

«Para ponerse el hombre en seguridad, y hacerse dueño del universo viviente, le fué preciso comenzar por formarse un partido entre los animales, conciliarse con dulzura y caricias á los que halló capaces de aficionársele y obedecer, para oponerlos contra los otros. Si el perro no hubiese existido, ¿cómo el hombre hubiera podido conquistar, domar y reducir á la esclavitud á los demás animales? ¿Cómo pudiera cazar y destruir las bestias salvajes y dañinas? El primer arte del hombre hubo de ser, pues, el de la educacion del perro; y el fruto de este arte es la conquista y pacífica posesion de toda la tierra.»

PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

(Continuacion.)

MARÍA.

Después de largo coloquio al través de la puerta, resonó por el corredor un ruido de espuelas, y un caballero de alta estatura, cubierto con una capa de color oscuro, entró en la sala precedido de la vieja.

—Dios os guarde, mi patron, dijo levantando con gracia el ala de su ancho sombrero, adornado con una pluma negra y flotante.

—Entrad y sed bien venido, le contestó Guillermo.

El caballero se desembarazó de la capa y del sombrero, y entonces se pudo juzgar mejor de su traje y apostura. Parecia tener unos veintiocho años; sus facciones eran hermosas, pero estaban pálidas, y un tinte de melancolia se dibujaba en su ancha frente. Sus ojos, cargados por las veladas ó los cuidados de una preocupacion profunda, brillaban con el ardor de la fiebre: el resto del rostro, perfectamente afeitado, menos el bigote, que llevaba unido á las patillas, segun la moda de la corte, daba á su fisonomía un aspecto de severidad poco en armonía con sus años.

Su justillo de terciopelo, su gorguera á la confusión, sus calzones color de escarlata, y sus suaves botas de cuero leonado, provistas de enormes espuelas de oro, ofrecian en conjunto un atavío elegante, que participaba del brillante traje cortesano, y del mas modesto de simple caballero.

Acercose á la mesa con la mano izquierda apoyada en el puño de su tizona, y la derecha sobre el pecho, y saludó profundamente á la encantadora dueña de la casa, que le correspondió con una graciosa reverencia, para ocultar la emocion que no hubiera podido pasar desapercibida para ojos experimentados.

—Con que, caballero, dijo maese Guillermo tan pronto como el recién llegado tomó asiento, ¿sabéis noticias? ¿Y la embajada de Morosini?

—Sí... y la negativa de Mayena.

—Ah! exclamó el primero sonriéndose sardónicamente. Os admira eso?

Un ligero rubor coloreó las pálidas mejillas del caballero; pero pasándose la mano por la frente, como para ahuyentar penosas ideas, dijo sin responder directamente á su interlocutor:

—Mis noticias son mejores que las vuestras.

—¡Bah! murmuró Guillermo con incredulidad.

Arrimando entonces su silla á la de este, añadió aquel con voz baja:

—Madama de Angulema está de vuelta: se encargó hace pocos dias de una mision secreta para el rey de Navarra...

—¡Para nuestro Enrique! exclamaron á un tiempo sus tres oyentes ¿Y qué?

—Que ha acogido favorablemente ese primer paso... Se han fijado treguas por un año, y no contento el príncipe, que en el fondo es bueno, á pesar de sus errores religiosos...

Guillermo arrugó el entrecejo.

—Acaba de publicar y dirigir á los estados un manifiesto sumamente instructivo. Lo he leído, y ¡vive Dios! todavia estoy conmovido. Llama á los franceses al olvido y á la union, declarando que en cuanto á él, está dispuesto á todo género de sacrificios para hacer feliz á ese pobre pueblo, victima de nuestras divisiones...

—¿Y dónde está él?

—En Saumur, que se ha confiado á la custodia de Duplessis-Mornay: mañana, segun creo, pernoctará en Maillé, á dos leguas de aqui...

—¡Iremos, hija mia, iremos...

—¡Alabado sea Dios! respondió la jóven; y encontrándose sus miradas con las del caballero, brilló entre ambos un relámpago de inteligencia.

El último repuso:

—Se me figura, patron, que podeis evitaros esa molestia, pues se trata de una entrevista, y...

—¡Viva! exclamó Guillermo con alegria. ¡Viva! Al fin respiramos un poco. ¡Hola, señora Marta! Aqui, aqui: una buena medida de vino con especias y muchos dulces, para que nos regocijemos, festejando al portador de tan felices nuevas. Ea, continuó alargando la mano al jóven, mientras que la doncella le presentaba un cubilete de plata, lleno de un rosado licor; á la salud del que dice y hace tan buenas cosas en beneficio de este pobre país; á la salud de nuestro rey.

—¿De cuál de ellos?

—De los dos, se apresuró á decir la jóven, dirigiendo al caballero y á su padre suplicantes miradas: olvido y perdon. Enrique lo ha dicho.

—¡A la paz! ¡A la union de todos los buenos franceses! exclamaron los dos, chocando sus cubiletes con el de la bella conciliadora, al paso que una sonrisa de buen humor dilataba sus fisonomías.

Prosiguieron después hablando durante algun tiempo de los dichosos acontecimientos del dia, y honrando los refrescos que les servia la señora Marta. Maese Guillermo, que creia deber dar ejemplo á su huésped, no tardó en empezar á sentir la benéfica influencia de sus patrióticas libaciones. Poco á poco fué languideciendo su conversacion, y cerráronse por último sus párpados: conviene añadir, que antes de que se durmiese del todo, la señora Marta, fuese por simpatía, ó por otro motivo, le habia imitado.

Los dos jóvenes se encontraron solos.

Guardaron al principio silencio, pero al fin lo rompió el caballero.

—¡Maria! dijo... Y esta sola palabra, pronunciada con apasionado

acento, llegó á los oídos de la joven como un suave murmullo: se estremeció, y solo pudo responder:

—¡Caballero!...

—¡Cómo! ¿Ya no soy Renato para vos?... Los momentos son preciosos, María: escuchadme pues.

—¡Dios mío!... Si mi padre... Y dirigió una mirada hacia Guillermo, que dormía como un prior.

—¿Os causo miedo, por ventura? ¿Habeis olvidado ya las fiestas de Blois y á vuestro constante caballero?

María puso un dedo sobre sus labios con una gracia indecible.

—¡Oh! añadió el joven. ¡Si supierais cuánto os amo! Pero no, nunca lo sabreis ni llegareis á creerlo, porque el amor de los hombres no tiene tanto poder. El cariño de un hermano á su hermana, el de un padre á su hija, la ardiente pasión de un amor delirante; todos estos sentimientos reunidos se funden en mi alma, que se abre para amarnos... como no se ama en la tierra. Cuando os veo, se me figura que Dios ha hecho bajar junto á mí á uno de sus ángeles para consolarme. Lejos de vos... sufro todos los tormentos del infierno. ¡Ah! ¡Ten piedad de mí, joven hermosa, y no rechaces mi amor! ¡Si supieras cuánto he sufrido! Aquí, añadió apretando convulsivamente su cabeza, hay recuerdos que matan. En otro tiempo era yo bueno; vivían en mi corazón altas y nobles aspiraciones: los hombres han destilado su veneno en mi alma y la han marchitado.

Y luego prosiguió como distraído:

—Hay páginas sombrías en la historia de mi vida. ¡Oh! Amame, te lo ruego, y tu amor las borrará. Tu amor será la prenda de mi perdón, la gota de rocío que cae del cielo sobre la frente del pecador.

Una inefable expresión de ternura y de piedad brilló sobre la púdica fisonomía de la joven. Una sonrisa suave como la de los ángeles erraba sobre sus labios... alargó al desgraciado una mano temblorosa, y le dijo con un acento que parecía celestial:

—Renato, levántate.

—¡Y qué! ¿Qué hay? exclamó Guillermo despertando y frotándose los ojos: soñaba que veía á nuestro Enrique, que besaba su real mano, y... y... á fé que lloraba como una muger. ¡Por vida de!... Creo que he acariciado mas de lo conveniente á mi cubilete de hidromiel. Vamos, señora Marta; luces, que ya es tarde. ¡Eh! ¿Dónde estais? ¿Duermen todos aquí?

Los jóvenes, merced á este flujo de palabras poco habitual en el caballero, habían tenido tiempo para reponerse y ocultar su confusión. María tomó la bujía de manos de la vieja, y la presentó á su huésped, deseándole una buena noche: voto superfluo para el joven héroe de aquella velada, que salió precedido de Marta, después de estrechar cordialmente la mano de Guillermo.

Renato de Moissac era un caballero joven del Langüedoc, adicto pocos años había al servicio de Enrique III. Pertenecía á una de esas familias de costumbres antiguas, en que el respeto y la adhesión al príncipe son virtudes tradicionales. Nacido con toda la imaginación y el ardor que caracterizan á los hombres de origen meridional, estos sentidos debían adquirir en él un desarrollo rápido, y trasformarse en una especie de fanatismo. Así, cuando llamado á la corte, entró á servir en los guardias del rey, este príncipe, prendado de su presencia y de su valor, no tardó en apreciar aquel carácter, conociendo el gran partido que de él podía sacar. Las lecciones de Catalina no habían sido estériles para Enrique, y cuando los acontecimientos le obligaron á rodearse de hombres enteramente adictos á su persona, distinguió á Renato, para que formase parte de sus Cuarenta y cinco, tan tristemente célebres algún tiempo después. A esta adhesión ciega y absoluta, debió también el ser elegido para que aceptase, por celo, la sangrienta misión que Crillon rehusó por honor (1). Sin embargo, la influencia de las ideas de aquel tiempo acerca de los medios legítimos de desembarazarse de un enemigo poderoso, no había conseguido acallar en él el clamor de la conciencia. El recuerdo de aquella terrible noche le perseguía hasta en sueños, y ocultaba con ahínco el papel que en ella había representado.

Pero en la noche de que hablamos, sus lúgubres apariciones debieron desvanecerse ante los brillantes recuerdos que acababa de dejarle. Había vuelto á ver á su María, á su ángel, á la amada de su corazón. Los luceros políticos, tan fatales para su señor, le habían conducido á su morada y había oído de su boca la mas dulce declaración. Así fué que toda la noche se convirtió para él en un paraíso de proyectos, y se durmió hacia el amanecer, sin reflexionar que nunca está el hombre mas cerca de la desgracia que cuando todo parece sonreírle.

El canto de los pájaros que revoloteaban junto á su ventana, le despertó. Avergonzado por haberse dejado dominar por el sueño, saltó del lecho y se vistió con premura. Uno de sus primeros cuidados fué abrir aquella ventana, por la cual penetraban los primeros rayos del sol de abril. Era una hermosa mañana de primavera, en que se respi-

ra nueva vida con las suaves emanaciones de una vegetación renaciente. Todo anunciaba alegría, amor y felicidad en torno suyo. La vista de Renato erraba sobre los deliciosos encantos de las praderas que se ofrecían á sus miradas, cuando creyó distinguir en el recodo que formaba una senda, un contorno gracioso y femenino. Su corazón había adivinado ya: era ella, era María, mucho mas seductora que el día anterior.

La sencillez de su traje, sus magníficos cabellos, flotando en rizos sobre un cuello mas blanco que las margaritas del prado, todo aumentaba la magia de aquellos sitios en que aparecía como soberana.

Renato la contemplaba en éstasis silencioso, pero poco después desapareció la visión á la voz de su padre: el joven tomó entonces el sombrero y la espada, y voló en su seguimiento. Antes de separarse de ella encontró medios de saber que por las tardes iba, únicamente acompañada de Marta, á la muralla que rodeaba la ciudad, y que hoy forma su mas vistoso paseo. Aquella tarde, que parecía no llegar nunca, llegó al fin, y exacto á la cita, con el corazón henchido de esperanza y de contento, no tardó en ver á la hija de Guillermo y á su inevitable compañera. Aprovechando entonces, á guisa de táctico hábil, la retirada del principal cuerpo de reserva, que prudentemente se mantenía á cierta distancia, entabló al punto su plática sobre un asunto agradable, como debe presumirse, á los dos paseantes. Las horas trascurren con rapidez y el crepúsculo llegó sin que Renato observase que hacia tiempo les seguían tres hombres embozados en capas negras, y uno de los cuales daba repetidas señales de impaciencia.

Si es cierto, según el poeta italiano, que

.....Nessum maggior dolore,
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.....

también puede decirse que la mayor felicidad para dos amantes, es recordar sus primeras emociones.

De pronto, y como si saliese por arte de encantamiento del tronco de alguno de los árboles seculares que les daban sombra, apareció ante sus ojos una joven.

(Continuará.)

CUENTOS NORMANDOS

DE JUAN DE FALAISE.

Con este título apareció en 1842 un librito sumamente gracioso, cuyo descuidado autor lo dejó manuscrito en una librería normanda, sin cuidarse de su suerte. Vamos á reproducir uno de los cuentos que contiene, persuadidos de que esta muestra bastará para que nuestros lectores aprecien el mérito de la obra.

EL APRISCO.

Lucía terminó su oración, se miró en el espejo, arregló sus cabellos y vino á pedirme el beso matutino, que estampé en su tersa y blanca frente. Después se apoyó en mi brazo con zalamería.

—Bajemos al cortijo, murmuró al mismo tiempo, y verás un magnífico queso de cabra.

Dejeme seducir, nos calzamos los zuecos, y como el tiempo no estaba seguro, cogimos ella la sombrilla y yo mi paraguas, y bajamos. Entramos en la lechería, y allí Lucía, ostentando sus riquezas, me obligaba á probar la sabrosa nata de todas sus vasijas, cuando oímos en la avenida el ruido de un carruaje; al punto volvimos á subir.

—Es nuestra buena tía de Bellesme, me dijo Lucía, corriendo á ayudarla á salir de la berlina, lo cual no dejaba de ser obra meritoria.

—Buenos días, sobrino; buenos días, sobrina; nos dijo mi anciana tía jovialmente. ¿Qué os parece mi sorpresa, hijos míos? He dejado mi partida de boston por ver cómo se vive hoy en el campo, y si las flores conservan siempre el color que tenían en mi tiempo.

—Par diez, tía mía; ya os haremos ver que aquí lo pasamos tan felices como siempre, y espero despertaros el deseo de que vengais con mas frecuencia á completar nuestra ventura.

Lucía se apoderó acto continuo de su brazo izquierdo y yo del derecho.

Siempre ha sido para mí la comida un asunto importante.

—Cuántas comidas haceis, tía mía?

—Yo... me contestó mirándome de hito en hito, hago las que todo el mundo... tres.

—¡Qué siglo, tía, qué siglo! exclamé dolorosamente: ha suprimido la mas alegre de todas, la deliciosa merienda.

—¡Bah! respondiome admirada. Si eso se hubiese hecho hace sesenta años, ¿adónde hubieran ido á parar tantas glorias gastronómicas y tantas agudezas, como por ejemplo, las del caballero de Boufflers?

(1) Véase la interesante obra de M. de la Saussaye sobre el castillo de Blois.

Lucía ignoraba afortunadamente quién fué el caballero de Bouffers; pero yo, viejo pecador, había oído hablar de Alina y de otras muchas cosas, de modo que al punto comprendí que nos amenazaba una historia.

—Ya tenemos asunto para la velada, murmuré entre dientes, por larga que sea la de un día de setiembre.

Lucía nos llevó otra vez al cortijo y al establo, donde un becerillo que apenas podía sostenerse de puro gordo, mamaba á su madre, soberbio animal de la llanura de Caen, y alargaba hácia nosotros su hocico cubierto de leche. Mi Lucía se admiró de que mi tía no prorumpiese en exclamaciones de sorpresa, y la condujo hácia una barrera, desde donde vimos en la pradera seis vaquillas de Bretaña de mucho precio y muy abundantes de leche. Mi tía se manifestó mas fría con las vaquillas que con el becerro. Constanada la pobre Lucía se volvió

hácia el aprisco, pero no bien asomé mi tía la cabeza á la puerta baja, cuando la retiró diciendo:

—¡Uf! ¡Qué horror! ¿Por qué no están lavadas y peinadas vuestras ovejas? ¿Cómo es que no llevan cintas al cuello? Sobrina mía, ¿y tu cayado?

Lucía la miraba sin pestañear.

—Esta es otra historia, dije en voz baja.

Entonces me tocó hacer los honores. Llevé á mi tía al jardín y la hice dar un buen paseo, pero ella se volvía siempre á mirar el parterre, hasta que habiendo visto una desventurada amapola, que en él había crecido olvidada de todos, me dijo con acento de reconvencción:

—¡Ah, sobrino mio!... Una planta inútil...

—¿Cómo, tía mía?

—¡Una amapola en tu jardín!



(El Aprisco.)

Conoci que iba á enfadarse, y tomé el partido de arrancar la amapola, después de lo cual la pregunté el motivo de su enemiga contra aquella pobre flor.

—Mr. de Florian les ha declarado la guerra, me contestó muy serena.

—Tercera historia, murmuré sonriéndome.

Comimos á las dos, con arreglo á la laudable costumbre de mi tía, y habiéndome apoderado de un buen trozo de pierna de ciervo, pregunté á mi tía:

—¿Se comían crudas ó asadas las piernas cuando érais jóvenes?

—Cuando yo era joven, respondió mi tía, había otros manjares. ¡Ah! ¿Cómo han mudado los tiempos! ¿Cuando yo era joven!... ¡Qué tiempo tan feliz! Supongo, sobrina mía, que habrás visto en París muchos cuadros de Boucher, de' gran pintor que solo tuvo un rival.

La erudición de Lucía se vió en un compromiso, porque yo no había creído necesario enseñarla en el Louvre el *Vieje á Citeres*.

—Pues bien; ese pintor podría darte una idea de la época en que yo era joven. A los quince años me presentaron á una muger encantadora, á una reina adorable. ¡Pobre reina!

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de mi tía, y nosotros participamos de aquella emoción producida por un recuerdo.

—La reina tenía su quinta en el pequeño Trianon; un gentil-hombre de Mr. de Penthièvre acababa de publicar la *Galatea*, y el placer triunfaba en los salones de París: había un furor de pastores y de pastoras, del cual participaban los pintores, los poetas y los filósofos: los pastores eran poco rústicos, y las pastoras bastante desvergonzadas; pero aquella sociedad era deliciosa por su abandono. Yo era, sobrino

mio, una hermosa pastora, rubia, fresca y risueña. Tu tío, que entendía bastante el arte de componer versos, y mandaba una compañía de dragones del regimiento de Penthièvre, pidió mi mano. Juntos vivimos doce años; hemos sido felices, pero nunca he llegado á conocerle. Desde que brillaron los primeros días de la revolución, se concentró su carácter, y solo habló de ella con miedo. Después de la célebre procesion á Nuestra Señora, en la cual figuró como miembro de la nobleza, y yo entre las damas de la corte, me dijo:

—Mañana partiremos para nuestras tierras de Normandía, y allí vivireis á vuestro gusto.

—Muy bien, le contesté, así no abandonaré mis queridas ovejillas, y haremos vida de novios.

Se sonrió con estremecimiento.

La posesion de Aigneville dominaba un terreno delicioso, y entre dos colinas inmediatas que daban paso al camino de Argentan, se veía desde ella gran parte de la ciudad, que ostentaba con orgullo la cúpula de San German.

Reuní diez ovejas hermosísimas, púseles nombres, y las engalané con cintas de diferentes colores; en seguida me proporcioné un cayado y un sombrero de pastora, que me sentaba perfectamente con mi vestido corto y mi guardainfante.

Cierto día vimos llegar á Mr. de Florian, á quien yo había conocido en París, y tu tío en el regimiento de Penthièvre. Pareciome desde luego algo cambiado, y que una sombra melancólica turbaba la tranquilidad de su rostro: tu tío lo condujo á su gabinete, y creo que allí hablaron de París y de los clubs. La frente del marqués se oscureció, y por último me dejó mi pastor. Entonces lo conduje á mi lechería,

como lo habeis hecho vosotros conmigo; y después hice que se sentase en la pradera, en la cual pacía mi pequeño rebaño. Pareció hallarse satisfecho de su discípula, y me preguntó si no tenía algún jardinillo en el que yo misma cultivase la humilde violeta, que es la flor obligada de las églogas.

—¡Ah! No señor, le contesté tristemente.

—¿Ni poseéis algún pajarillo familiar que repita el nombre de vuestro amado?

—No, pero el padre de *Galatea* no se negará á concluir lo que ha empezado su hija.

Al día siguiente envió Mr. Florian á París á su fiel Mercier con órden de enviarme dos canarios, á los cuales debía yo instruir con mi organillo. Y ¡já que no adivináis quién me los llevó? Pues fué el mil veces victorioso é ilustre caballero de Boufflers.

—Querido, dijo al marqués, ¿cómo queréis que os llamemos ahora que hay una ley que suprime la nobleza?

—Soy y seré siempre en mi casa el marqués de Aigneville, contestó tu tío.

—¡Ay amigo mio! ¿Cómo se fastidia uno en París! Todos se miran unos á otros como si no se conociesen, se reunen sin sonreírse, y se hablan sin confianza.

—Y se matan sin juzgarse.

—He dejado que me nombren individuo de los Estados generales, repuso Mr. de Boufflers, pero héme aquí de nuevo hecho un viajero; he detenido á Mercier, y me ha encargado de su comisión para introducirme con vuestra Estela, Mr. de Florian.

Entonces nos entregamos á unos juegos encantadores; veíame obsequiada de dos hombres que debía envidiarle la Francia, y Mr. de Florian estudiaba en mis bosques un apólogo, así como Numa sacó una ley de su Egeria. Mr. de Bouffler había concluido ya un retrato al pastel cuando llegó el día de cumpleaños de Aigneville.

Debíamos bailar sobre la yerba delante de la reja del parque. En efecto, después de visperas se presentaron con sus pintorescos trajes los jóvenes de ambos sexos. Mr. de Boufflers tocaba perfectamente el sistro, y habiéndole rogado que lo hiciese para que bailásemos, puso por condición de su tarea que daría un abrazo á todas las bailarinas.

Nunca se había visto reunión mas alegre y bulliciosa, pero en medio de nuestra algazara se presentó el fiel Jazmin y se dirigió al marqués. Sobrino mio, ¿cómo llamas á tus criados?

—Federico, Bautista, Mateo... les damos los nombres que recibieron en el bautismo.

—Los nuestros se llamaban Laflor, ó bien Jazmin, Tulipan, etc.

—¿Y qué sucedió, tía mia?

—Inclinose Jazmin al oído de tu tío, y le dijo: Ocultaos, señor marqués, porque Artaud el carnicero y una partida de descamisados os buscan.

El marqués contestó sin inmutarse:

—Que entren esos señores; les esperaba.

—Pero, señor marqués... exclamó Jazmin.

—Lo mismo es hoy que mañana, y doy gracias á Dios porque el peligro se me presenta sin rodeos.

Seis monstruos de horrible catadura aparecieron entonces entre nosotros antes que el caballero y Mr. de Florian comprendiesen el terror de Jazmin, la confianza del marqués, y la realidad de un peligro. El marqués los recibió con su acostumbrada cortesía, lo cual no dejó de desconcertarlos.

—¿Qué se os ofrece, caballeros? les preguntó en seguida.

—Ciudadano marqués, contestó Artaud, venimos á prenderos á vos y á vuestra esposa, como sospechosos á la patria.

—¿Nada mas?

—El pueblo tiene hambre, y cogeremos las provisiones que se encuentran en vuestra quinta.

—¿Cómo! ¿También mis ovejas? gritó desesperada.

—Sí, ciudadana marquesa.

—¿Y nada mas? repuso el marqués con la mayor tranquilidad.

—La Francia está en peligro; nos apoderaremos de las armas y de los caballos.

—¿Y tal vez de los míos? preguntó con ira el caballero.

—La Francia está en peligro, repitió Artaud.

—Has de saber, palurdo, que soy miembro de la Constituyente.

—¿Quiéres unir á él el de sospechoso?

Durante este diálogo el marqués se acercó á la puerta, y cortó la retirada á los descamisados: entonces sacó dos pistolas del bolsillo, y apuntando á Artaud y á uno de sus camaradas, les dijo:

—Ya veo que no valeis la mitad que los revolucionarios de París: el primero que se mueva, caerá muerto. Caballero, haced que ensillen vuestros caballos, y también dos de los míos.

El caballero me besó la mano, y salió diciendo:

—Voy á pedir al príncipe Enrique de Prusia el premio de todos mis madrigales. ¡Y no volví á verle!

—Mi querido Florian, dijo tu tío, hé aquí interrumpidos vuestros trabajos por unos pastores poco comunicativos.

Mr. de Florian me besó la mano, y contestó al salir:

—Voy á la sombra del parque de Seaux y de mi compatriota Boissy de Anglas, á pasar, si me es posible, algunos días tranquilos. ¡Y no volví á verle!

Jazmin me trajo entonces un caballo, tu tío montó otro, picamos, salimos á escape, llegamos á Boloña, y desde allí me hizo el marqués pasar á Inglaterra. ¡Y no volví á verle!

Así acabó la historia y la comida de mi tía: sus párpados se cerraron y conocimos que deseaba descansar.

Poseo una hermosa edición del victorioso Boufflers: creyendo complacer á mi tía, la puse encima de la mesa de su cuarto, para que la leyese, si quería, después de su sueño.

Al día siguiente fui á saludarla; pero... había partido ya, dejándome sobre la edición de Boufflers un billete concebido en estos términos:

«Sobrino mio: has de saber que si me es permitido conservar un recuerdo del caballero que contribuyó á amenizar los mas bellos días de mi juventud, nada tengo que hacer con sus obras.»

—¿Qué es lo que has hecho? me preguntó Lucia.

—Una necedad que voy á reparar hoy mismo.

—¿Cómo?

—Remitiendo á mi tía las preciosidades pastoriles y morales de Mr. de Florian.

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO III.

EL JARDIN Y EL RIO.

Desde la casa misteriosa en que dejamos á Peralta vamos á trasladarnos á los jardines del soberbio alcázar de Sevilla, fábrica de los reyes moros de aquella riquísima ciudad, restaurada por el rey cristiano D. Pedro I de Castilla, llamado *el Cruel y el Justiciero*, sin duda porque de ambas cosas tuvo en no corta cantidad. No vamos á pisar las cámaras que oyeron los amorosos ayes de Doña María de Padilla y los gritos de desesperación de Doña Aldonza Coronel, ni el patio en que resonó el postrer ¡ay! del valeroso D. Fadrique; aunque frescas estarian aun las manchas de la noble sangre del Maestre; pues aunque reinaba ya en Castilla un nieto del matador del rey D. Pedro, solo habían pasado treinta y dos años desde la noche de Montiel. Nos contentaremos con penetrar en aquellos jardines que apenas marchita el invierno, y que viste la primavera de gayas flores y de charolado follaje.

En un precioso cenador de la mas rica arquitectura árabe, estaba una muger hermosa, con esa hermosura peculiar á las mujeres de Sevilla. Tez nacarada y trasparente, como las conchas de las perlas; ojos negros, grandes y rasgados; cabellos negros y lustrosos como el ébano pulimentado; nariz correcta; labios ligerísimamente abultados y tan rojos como el granate; cuello torneado; talle esbelto; cintura delgada, y unos piés y manos tan pequeños como los de una niña de diez años. Esta muger estaba vestida con tanto lujo como elegancia, aunque no lucía sus adornos, porque la cubria un topido manto que la resguardaba del frío y la humedad de la noche. Contaría esta hermosa criatura diez y ocho primaveras, menos perfumadas que su aliento, y se llamaba Doña Flor, nombre que estaba en consonancia con su peregrina hermosura.

Poco distante de la joven estaba su completo contraste, ó lo que es lo mismo una dueña de cincuenta y cinco años cumplidos, y que había gozado el poco envidiable privilegio de haber tenido los quince feos, contra el adagio castellano. Esta dueña era la misma que entregó la llave al embozado de la plaza de la Catedral, y tenía por nombre el de Beatriz, nombre que han llevado muchísimas dueñas españolas.

Ya hemos dicho que la hermosa joven se llamaba Doña Flor; pero hemos callado su apellido; y como lo llevaba muy ilustre, ni ella tenía motivo de ocultarlo, ni es justo que por mas tiempo lo ignoren cuantos se entretengan con esta historia. Se llamaba pues Doña Flor Ponce de Leon, y era hija de D. Pedro Ponce de Leon, señor de Marchena, alguacil mayor de Sevilla, y alcaide de sus dos alcázares. Es decir, que era la princesa del pequeño reino que se había formado el alcaide á la sombra de los disturbios de Castilla.

Todos comprenderán que la hija de D. Pedro Ponce de Leon, dotada de tan peregrina belleza, tendria pretendientes á millares; y así era la verdad, pues todos los mas ilustres caballeros de Andalucía se disputaban el honor de presentar sus homenajes á los piés de

ta hermosa hija del poderoso señor de Marchena, otros castillos y lugares. Pero lo que todos no sabrán es, que cuantos finos y obsequiosos amantes se habían presentado en la palestra habían recibido lo que hoy se llaman calabazas, y no sabemos cómo se llamaría entonces; aunque opinamos que no debe haber cambiado nombre, porque sería imposible encontrar otro mas adecuado y mas insípido.

Esta resistencia de la joven á entregar su blanca mano daba lugar á cien mil conjeturas y no menor número de hablillas, tan contradictorias y absurdas como lo son siempre las del vulgo. Decían unos que su desmesurado orgullo la hacía creerse superior á cuantos codiciaban su mano, aunque pertenecieran estos á las primeras familias de la comarca. Sostenían otros que su mucha piedad la inclinaba á tomar el hábito de religiosa, y que estaba resuelta á dejar el mundo, en que tanto podía brillar, por el claustro en que podría rogar á Dios. Aseguraban los terceros que la detenía al pié del tálamo un voto hecho por su difunta madre, no se sabe con qué motivo; y no faltaba quien murmurase que algunos amores ocultos, quizás desiguales, eran el *quid* de la dificultad. Los que han visto á la buena dueña entregar la llave al embozado serán de esta última opinion, y quizás estén en lo cierto, por aquella horrible sentencia de *piensa mal y acertarás*, que si mucho corre de boca en boca, aun corre mas de pensamiento en pensamiento.

Sin añadir ni una palabra que tenga que ver con Doña Flor ni con la respetable dueña, vamos á seguir al embozado, que luego que dejó á Beatriz, se encaminó hacia el río; ese Guadalquivir famoso, sierpe de plata que se duerme en los campos de Andalucía. Cruzó calles y callejuelas con paso rápido, pero firme, y luego que llegó á las márgenes del río, empezó á buscar con cuidado una baraca de pescador, que debía serle muy conocida, porque dió con ella á pesar de la oscuridad de la noche. Sin tomarse la incomodidad de anunciar su llegada, dando algunos golpes á la puerta, la empujó con ruda violencia, haciendo saltar el débil pestillo de madera que la sujetaba, y se encontró en el interior de la sucia baraca, que alumbraba un candel de gruesa mecha, y en cuyo centro estaba un hombre mal vestido y de mirada torva, y una mujer, digna compañera del hombre, que le vendaba un brazo herido. Este hombre era el barquero Fortun, á quien vimos entre los grupos de la plaza de la Catedral, y poco después espada en mano contra el alcaide de Sevilla.

La manera de presentarse el recién llegado pareció algo inoportuna al barquero, que á pesar de su brazo herido puso mano á un hacha de armas que pendía de un perno de hierro; mas apenas el embozado descubrió el rostro, cuando Fortun arrojó el hacha lejos de sí y se inclinó con las mayores muestras de respeto.

—¿Qué tienes en ese brazo, Fortun? preguntó EL CABALLERO, pues él y no otro era quien había salvado la vida á Don Pedro.

—Señor, una herida que me he hecho esta tarde con las astillas de un remo roto: repuso el barquero con la mayor tranquilidad.

—¿De modo que no podrás remar esta noche, y tendré que dirigirme á otro barquero?

—Esta herida es un arañazo y no me impedirá remar: dijo el barquero queriendo disimular así la gravedad de la estocada.

—Pues, si te encuentras con tanto vigor, á la barca: replicó Don Ramiro, haciendo un ademán de mando, tan imperioso como lo eran siempre los suyos.

Fortun no dió lugar á que le repitiesen la orden; se bajó la manga de la camisa, se puso una especie de chaqueton, que lo resguardara de la humedad, precaucion que tomaba sin duda por su herida, y salió detrás de EL CABALLERO.

No invirtió mucho tiempo Fortun en preparar su barea, y luego que D. Ramiro entró en ella, le preguntó sumisamente:

—¿Hacia donde bogo, señor?

—Rio arriba, inclinándose á la margen derecha: dijo solamente EL CABALLERO.

El barquero siguió la orden, y aunque su herida le impedía bogar bien contra la corriente, no tardaron mucho en ganar una respetable distancia, y á la misma poco mas ó menos de ambas márgenes.

—Boga solamente lo necesario para que no perdamos terreno: dijo D. Ramiro á Fortun.

El barquero obedeció la orden, alegrándose de tener algunos momentos de descanso.

—Ahora presta atencion á cuanto te diga, añadió EL CABALLERO.

—Ya escucho, respondió Fortun, deseoso de saber el motivo de tan estraña conferencia.

—No ha trascurrido media hora desde que dos bandidos trataron de asesinar, en la plaza de la Catedral, á D. Pedro Ponce de Leon, alguacil mayor de Sevilla.

El barquero hizo un movimiento de sorpresa, pero recordándose al momento, dijo:

—Buen negocio para el señor conde de Niebla y sus amigos de Sevilla.

Don Ramiro lanzó al barquero una mirada de desprecio, y como si no hubiera oído su observacion, prosiguió con tranquilo tono y reposado continente.

—El uno de los dos bandidos cayó muerto de una estocada que le atravesó el corazon, y el otro...

—¿Y el otro? preguntó Fortun por un movimiento involuntario.

—El otro huyó con una estocada en un brazo, de poca gravedad por cierto.

—En un brazo, repitió el barquero como hablando consigo mismo.

—En un brazo, añadió D. Ramiro poniendo su mano sobre la herida de Fortun y apretándosela hasta obligarlo á lanzar un grito espantoso. EL CABALLERO prosiguió:

—Ese grito, muy semejante al que lanzaste cuando recibiste la herida, acaba de probar que eres el bandido que escapó con vida, Fortun.

—Señor, murmuró el barquero aterrado y queriendo encontrar excusas.

—No te afanes por disculparte. Esa herida, sus antecedentes y sus consecuencias son cuentas que no tienen que ver conmigo, y que ajustará tarde ó temprano con el alcaide de Sevilla. Yo, partidario de Guzman, no debo vengar los agravios hechos á Ponce de Leon, y por lo tanto, nuestra cuenta se reduce á una sola partida. Quiero *comprar*, y entiende bien la palabra, quiero *comprar* un pergamino que has recibido...

Fortun tembló de piés á cabeza, y se apresuró á interrumpir á EL CABALLERO.

—Señor, estais equivocado. No he recibido ningun pergamino, y...

—Ese pergamino contiene la orden de asesinar al noble alcaide, dijo D. Ramiro con frialdad.

—¿Cómo lo sabeis? preguntó Fortun, sin calcular la importancia de tal pregunta.

—Poco importa el modo, Fortun, cuando te pruebo que lo sé. Pídemelo por ese pergamino.

—No lo entregaría por todas las riquezas que guardaba el rey D. Pedro en la torre del Oro.

—¿Temes comprometer el nombre del sugeto que lo ha firmado?

—Temo perder un talisman que conservará mi cabeza largo tiempo sobre mis hombros.

—Te engañas lastimosamente. Ese pergamino podrá hacer que rueda otra cabeza sobre el cadalso, pero no impedirá que caiga la tuya á su tiempo.

El barquero se quedó pensativo, y comprendió que D. Ramiro discurría con mucha razon.

—No perdamos tiempo, y fija precio á ese importante pergamino; insistió EL CABALLERO.

—No puedo entregarlo, señor: repuso el barquero, no sabiendo cómo salir del compromiso.

D. Ramiro tenía todo el aplomo del hombre que está decidido á emplear cuantos medios dulces sean imaginables; porque está resuelto tambien á apurar los mas violentos si es preciso; y volviendo á colocar su mano sobre la herida de Fortun, le preguntó con afable tono:

—¿Crees que un hombre que sabe cuanto yo te he dicho, y que necesita ese pergamino, no tendrá medios de arrancarlo de tus manos algo mas penosos para ti que los que estoy usando?

Fortun se convenció ó aparentó quedar convencido de una razon, que verdaderamente tenía fuerza; se pasó la mano por la frente, y respondió resueltamente:

—Estoy pronto á entregaros el pergamino, si me ofreceis no hacer uso de él en mi daño.

—Te lo prometo, repuso EL CABALLERO; é inmediatamente añadió:

—Fija la cantidad que quieres por ese precioso talisman.

—Ninguna, señor: os lo doy generosamente.

—Gracias, Fortun, dijo D. Ramiro, y tendió la mano en ademán de recibirlo.

El barquero viró en redondo, manifestando claramente que trataba de cambiar de rumbo.

—¿Adónde vamos? preguntó D. Ramiro, estrañando este movimiento.

—A mi barraza, en donde guardo el talisman que he de poner en vuestras manos, respondió el barquero agitando los remos.

—Espera y vuelve á virar en redondo.

Fortun obedeció sin replicar.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos para bajar y volver á este sitio? preguntó EL CABALLERO.

—Un cuarto de hora para bajar, y media hora para subir, respondió el barquero.

—No puedo perder tanto tiempo. Atraca á la orilla derecha.

El barquero obedeció la nueva orden sin pronunciar una palabra, y á los tres ó cuatro minutos se encontraban en un remanso que ba-

había los muros de los jardines del alcázar. Pegado á estos muros se veía una especie de embarcadero abandonado y una puertecilla secreta, por la cual huyó D. Pedro el Cruel de su hermano Enrique, cuando lo sitiaba en Sevilla, llevándose aquellas riquezas guardadas en la torre del Ono, que según Fortun, no bastaban á pagar el pergamino, y que sin embargo, fueron la admiración de la corte de Eduardo, príncipe de Gales, conocido con el sobrenombre de *El príncipe Negro*. D. Ramiro saltó al derruido embarcadero, y arrojando á los pies de Fortun una bolsa llena de doblas de oro, que mas parecía el precio del fatal pergamino que la recompensa del servicio que le estaba prestando el barquero, le dijo:

—He dado crédito á tu palabra, como pudiera darlo á la del mas cumplido caballero, y empiezo por recompensarte: espérame aquí hasta que vuelva, y no te separes de tu barca aunque tarde toda la noche.

—Así lo haré, respondió Fortun, recogiendo la pesada bolsa.

Don Ramiro se aproximó á la puertecilla del muro, aplicó á la cerradura la llave que le había entregado la dueña, la puerta giró, no sin trabajo, sobre sus enmohecidos goznes, y EL CABALLERO se encontró en los deliciosos jardines del regio alcázar de Sevilla.

Apenas había cerrado D. Ramiro la puerta tras sí, cuando Fortun empujó su barca hacia la corriente del río, y sin acordarse de su herida, agitó los remos con tal fuerza, que la frágil navicella, ayudada de la corriente, volaba como una saeta, dejando una estela brillante que se distinguía perfectamente en la oscuridad de la noche.

Cuando el barquero llegó á su choza lo estaba esperando un caballero embozado en una ancha capa, y que daba claras señales de impaciencia.

(Continuará)

JUAN DE ARIZA.

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuación.)

—Mas íntima y secreta la plática fué luego, labrada mi deshonra por siempre reputé. Los celos me abrasaban con su terrible fuego; con ímpetu diabólico la puerta abrí, y entré.

—Y era un error tan solo, no es cierto, padre mío? Inés dijo al anciano; pero él no la escuchó: su aspecto estaba grave, meditador, sombrío, y en tono indiferente así continuó:

—El viento que zumbaba desolador en tanto, comunicando entonces, la luz rauda apagó: un grito dió María que denotaba espanto, grito que mas mi saña diabólica escitó.

Armada ya la diestra de vengador acero, entre tinieblas lóbregas avanzo sin temer; toca la aguda punta un débil ser, le hiero, y siento sangre tibia mi mano humedecer!

—Ah! gritó Inés entonces con voz tan elocuente, que al desgraciado padre tocó en el corazón: alzóse él de la silla, y asiéndola la frente con ambas manos, dijo suspenso:

—Es ilusión?

María!... sí, María, vives!... oh! bien lo veo; y yo que te lloraba perdida!...

—Qué decís?

Soy yo, padre querido, vuestra Inés...

—No lo creo;

yo escuché su voz triste,... mentís, sombras, mentís!...

Cayeron luego aplomo sus brazos adelante, su encanecida barba contra el pecho apoyó; sin ver, su vista fija miraba penetrante, y abatido por último su asiento recobró.

—¿Y después, padre mío? Decías...

—Sí, decía...

—La sala estaba á oscuras...

—Ah! ya...

—La historia...

—Sí.

Del rayo la luz pálida brilló fugaz, sombría: junto á tu madre exánime durmiendo, Inés, te vi.

No estaba satisfecha del todo mi venganza, y á tí, ángel inocente, furioso me lancé.

«—Piedad! gritó tu madre: fuerte mano me afianza entonces... Tú llorabas y sin saber por qué.

«—Amigo! á mis espaldas funesta voz profiere.

«—Pérfido, me vendías», mi labio contestó:

«defiéndete cobarde!»

«—No me defiende, hiere, pero escúchame al menos.»

Don Inigo exclamó.

«—Qué mas quieres que sepa de tu perjurio labio?»

le dije: «qué mas quieres, amigo desleal?»

«—No aguardes que ofendido dé agravio por agravio, que ya el mayor de todos causado he por mi mal.

«Daré á tu injusta queja

»satisfacción cumplida;

»daréla, sí, mas ora

»cálmate por favor:

»de tu esposa inocente

»salva, Martín, la vida,

»sálvala, ó será eterno

»después tu torcedor.»

Dijo, y con paso breve salió del aposento; yo contigo y María quedé en la oscuridad: la vida que empezaba con plañidor lamento, la muerte silenciosa, y allá... la tempestad.

«—Óyeme, esposo mío,» con voz tenue, profunda,

dijo tu madre: «óyeme,

»siento llegar mi fin!

»condéname si quieres,

»mas tu rigor no cunda,

» por Dios, á nuestra hija,
» radioso serafín.

» Oyéme... aunque poseo
» la noble paz del alma
» para subir tranquila
» de Dios á la mansion,
» no quiero que te robe
» mi muerte dulce calma,
» no quiero que en mi tumba
» demandes tu perdon.

» Yo te perdono!... escucha
» la ronca voz del trueno;
» es de Dios que me llama
» la poderosa voz:
» dentro de breves horas
» reposaré en su seno,
» delante de él te juro...»
«— Calla! grité feroz.

» No profanes sacrilega
» su sacrosanto nombre,
» cuando la muerte pálida
» minando está á tus piés.»
«— No temo ya tus iras,
» mas oye, aunque te asombre,
» la suerte que preparo
» á mi querida Inés.

» Si atravesando el piélago
» del mundo borrascoso,
» llegan sus dulces gracias
» á hermosa juventud,
» con sangre de Don Inigo,
» en himeneo dichoso,
» quiero mezcle la suya
» salvando mi virtud.

«Esta es, Martín, la escusa
» que doy en mi defensa;
» este mi último voto,
» mi extrema voluntad;
» si acaso no la cumples,
» celosa de mi ofensa,
» vendré yo á reclamarla
» desde la eternidad!...»
.....

De lúgubre silencio
siguióse breve instante,
la jóven comprimía
su viva exaltacion;
la imágen de Ricardo,
fantástica, brillante,
sus ojos cruzar vieron
el gótico salón.

Los trémulos sollozos,
no mas contener pudo,
que á su garganta opresa
volaban en tropel;
Martín la contemplaba
inexorable, mudo,
como contempla el náufrago
su ya roto bajel.

—Llora, sí, hija querida,
dijo al fin el anciano,
dichoso el que en sus penas
puede al menos llorar!
el llanto no es consuelo
que viene de lo humano,
es la lluvia que acalla
del piélago el bramar.

Llora una madre pura
por mí sacrificada
en aras de terrible,
cruel fascinacion:—
si no me hubiera sido
la realidad mostrada,

bastárame á creerlo
su noble abnegacion.

Un lance de amorios
que poco te interesa,
y que plugo á Don Inigo
sagaz oscurecer,
fué causa de que huyendo
veloz de una sorpresa,
en otra mas terrible
viniese allí á caer.

Por no dar á su esposa,
que amaba con ternura,
disgusto tan odioso,
ni al mundo que decir,
huyó favorecido
por la tiniebla oscura,
vió aquel balcon abierto,
y osó por él subir:

Pues vió la sombra mia
no lejos dibujarse,
y uno de sus contrarios
al pronto me juzgó,
y antes que con mi encuentro
llegar á delatarse,
asaltando mi casa
librarse prefirió.

—Fué bárbara imprudencia,
dijo Inés.

—Si, lo creo!

Afortunadamente
nadie le llegó á ver,
y aunque de horrible crimen
por él me hiciera reo,
mi honor y el de tu madre
logré á salvo poner.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.



(La dulce holganza.)

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.